

Con más prudencia tal vez de la conveniente, siguió al ejército austriaco en su retirada, hasta la entrada del cuadrilátero, donde, mediante una brillante carga de la vanguardia, el ocho de Abril forzó el paso del Mineio, en Goitio; establecióse entre Peschiera y Mantua; del trece al diez y nueve, envió destacamentos á reconocer estas dos plazas; el treinta, se lanzó al asalto de la posición de Pastrengo, que, por su situación al norte de Verona, dominaba el camino del Tirol y de que se apoderó tras encarnizada lucha, que habría sido tal vez decisiva si la hubiese prolongado durante la noche; por último, el seis de Mayo se apoderó de Santa Lucía, una de las posiciones avanzadas de Verona, mas sin poder forzar el cuerpo de esta plaza. En este punto, viendo á Radetzki fuertemente atrincherado en el cuadrilátero, se detuvo, dedicándose á reorganizar sus tropas. Esta fué la mayor torpeza que cometió Carlos Alberto, que sólo podía triunfar descargando rápidos é imprevistos golpes. Disponía de fuerzas para ello. Al norte, quinientos mil voluntarios lombardos, á las órdenes de Allemandí, bloqueaban los pasos del Tirol, desde el Tonale al Stelvio, y amenazaban el alto valle del Adige; en el centro, el ejército piemontés, fuerte de cincuenta y cinco mil hombres, sitiaba á Peschiera y Mantua, reforzado á la derecha por una división toscana de cinco mil infantes; al sur del cuadrilátero, entre el Po y el Bajo Adige, se hallaba Durandó con sus diez mil pontificios; quince mil voluntarios venecianos ocupaban los desfiladeros del Friul y las principales ciudades de Tierra Firme, y, en fin, en el bajo Po habíanse estacionado catorce mil napolitanos. La situación de Radetzki, bloqueado en el cuadrilátero, parecía desesperada, y no sin razón el príncipe Eugenio de Saboya, regente del Piemonte, haciéndose eco de las esperanzas que á todos animaban, decía al inaugurar al ocho de Mayo las sesiones del primer Parlamento: «Abrigamos la firme confianza de que un común concierto mirará pronto á los pueblos destinados por la naturaleza á formar una sola nación.»

Los sucesos ulteriores no confirmaron esta profecía. Por de pronto, Carlos Alberto vió disminuirse su ejército por una serie de defecciones. Fué la primera la de Pío IX, que si como príncipe italiano hizo bien en ceder á los deseos de su pueblo enviando un ejército á la frontera, como pontífice hizo mal en no atender las observaciones del embajador de Austria, que le amenazaba con un cisma en el Imperio. Obligado á elegir entre los adversarios y los defensores de Italia, según le manifestaron sus ministros en nota de veinticinco de Abril, Pío IX, en una alocución pronunciada el veintinueve en un consistorio secreto y que en seguida se hizo pública, vertió estas frases: «No hemos confiado á nuestros soldados otro encargo que defender la integridad de los Estados pontificios..... Declaramos sin ambages y á la luz del día que la guerra contra Austria está muy lejos de nuestro pensamiento, siendo, aunque indigno, vicario de Aquel que es autor de toda paz y principio de todo amor.» Estas palabras provocaron un tumulto en Roma, cuya guardia nacional bloqueó el castillo de Sant Angelo. El Papa, asustado, cedió, confiando el poder al patriota

Mamiani y escribiendo el tres de Mayo al emperador de Austria que renunciase á sus provincias italianas. Desde estè instante, Pío IX empezó á perder la popularidad que se granjeara con sus primeros actos.

Con la defección de Pío IX, perdía la causa italiana el prestigio moral; con la de Fernando II de Nápoles, ocurrida al mismo tiempo, perdía la fuerza material de que necesitaba para triunfar. Provino este cambio de una disidencia entre el Rey y el Parlamento. Fernando II, que había jurado la constitución, quería que los diputados la jurasen también, á lo que se negaron estos, juzgando que se limitaba su omnipotencia legislativa puesto que ya no podrían cambiarla. Este conflicto constitucional tomó las proporciones de lucha armada el quince de Mayo, en que se reunían las Cámaras, por dedicarse los jefes liberales durante la noche á levantar barricadas, en vista de lo cual el Rey mandó á sus tropas ocupar los puntos estratégicos. Apurada la paciencia de los soldados ante las provocaciones que se les dirigían, contra la orden que se les diera de no disparar hasta el último extremo, se lanzaron al asalto de las barricadas, de las que se apoderaron después de sangriento combate. La Cámara fué disuelta; la guardia nacional, licenciada; el Rey, aclamado por los *lazzarari*, que seguían siendo absolutistas. Fernando II, juzgando indispensable la presencia en Nápoles de todas las fuerzas de que podía disponer, mandó seguir en la capital á veinte mil hombres que estaban prontos á salir para la Lombardía; llamó á la escuadra napolitana que de concierto con la sarda bloqueaba á Trieste, y despachó orden á la división Pepe, que había llegado á Ferrara, de retroceder.

Al tiempo que de esta suerte Carlos Alberto veía menguar sus fuerzas, Radetzki aumentaba las suyas. Á la noticia de los desastres sufridos por el general austriaco, habíase formado en Istria, para ir en su socorro, un ejército de veinte mil hombres al mando de Nugent, el cual pasó el Isonzo el diez y seis de Abril, invadió el Friul, entró en Udina el veintitrés, después de nutrido bombardeo, tomó la fortaleza de Palmanova, defendida por Zucchi, y dejando á la izquierda Treviso y Venecia, rodeó por el norte la línea del Piave y la forzó el nueve de Mayo por el Cornuda, no obstante la resistencia de los voluntarios romanos de Ferrari. El veinte de Mayo aparecía delante de Vicencia, que no pudo tomar, y el veintitrés efectuaba su unión con Radetzki, al que llevaba quince mil hombres, treinta cañones é importante convoy de víveres. El vigor y rapidez con que había sido dirigida esta campaña, contrastaban con la lentitud y flojedad de las operaciones del monarca piemontés.

El desaliento que estos sucesos produjeran en el ánimo de Carlos Alberto, fué atenuado por dos ventajas importantes, de orden militar una y otra de orden político. El veintiocho de Mayo, Radetzki salió de Verona camino de Mantua con quince mil hombres, al intento de envolver por la izquierda al ejército italiano; el veintinueve tuvo la satisfacción de sorprender y desbaratar, después de encarnizada lucha, á los seis mil toscanos y na-

politanos que acampaban delante de aquella plaza, en Curtatona y Montanara, y envuelto con este éxito, cometió la imprudencia de marchar el treinta hacia Goitio, donde tropezó con el grueso de las tropas piemontesas que habían acudido á combatirle y que por la tarde le obligaron á retirarse. Aquí recibieron los piemonteses la noticia de la toma de Peschiera, y, transportados de júbilo, saludaron á Carlos Alberto por rey de Italia en el mismo campo de batalla. La otra ventaja fué la anexión de la Lombardía y Venecia al Piemonte. En un principio, Carlos Alberto no pensó más que en expulsar á Austria; mas luego, la llegada y propaganda republicana de Mazzini en Milán, el peligro de dejar á sus espaldas un peligroso foco de agitación, la necesidad de disponer como dueño de los recursos militares de Lombardía, le decidieron á provocar un movimiento anexionista en las provincias emancipadas de la dominación austriaca. Los habitantes de los ducados fueron, por su debilidad, los primeros en deferir á los reales deseos, votando á primeros de Mayo su incorporación al Piemonte Plasencia, Parma, Módena y Reggio. La Lombardía, donde el partido republicano era más numeroso y el espíritu federalista más vivo, se resistió á entrar en la monarquía sarda hasta el veintinueve de Mayo, en que, mediante la promesa de que á la obtención de la paz nombraría de acuerdo con el Piemonte una constituyente para establecer un nuevo régimen común á las dos provincias, votó casi por unanimidad la anexión. Este movimiento se comunicó entonces á la República veneciana, empezando por las ciudades de tierra firme, Padua, Treviso, Vicencia, Rovigo, que amenazaron á la metrópoli con separarse si no seguía el ejemplo de Milán. Manin vaciló, pero acabó por ceder, pronunciando ante la Asamblea estas hermosas frases: «Al enemigo que está ahí, á nuestras puertas, que cuenta con nuestras disensiones, sepamos darle un brillante mentís. Probemos que hoy no pensamos en ser ni realistas, ni republicanos, que no somos más que italianos. Á los republicanos les digo: el porvenir es nuestro. Todo lo que se ha hecho y se hace es provisional; la decisión sólo pertenece á la Dieta italiana, á Roma.» La anexión al Piemonte fué acordada por ciento treinta y tres votos contra ciento veintiséis. Estas anexiones, uniendo á todas las provincias del Norte de Italia en un solo reino bajo el cetro de la casa de Saboya, significaban mucho, eran un gran paso para la solución del problema político; pero de nada habían de servir, porque el problema militar iba á resolverse contra los intereses de los pueblos en la tercera fase de la guerra.

En los meses de Junio y Julio, Carlos Alberto cometió faltas tan graves que hicieron inevitable su derrota. Fué la una no saber aprovecharse de la victoria de Goito. En vez de perseguir á Radetzki con las tropas que tenía, perdió cuatro días en reunir las todas, y así no pudo alcanzar á su adversario hasta el cuatro de Junio ni ocupar la formidable posición de Rivoli; en vez de permanecer en observación frente al ejército austriaco, inmovilizándole en Verona, le dejó libre para ir á bombardear á Vicencia, cuya guarnición

hubo de capitular el once de Junio. No teniendo Radetzki á sus espaldas, una vez dueño de Vicencia, ningún peligro que temer, regresó con la misma rapidez el trece de Junio á sus anteriores posiciones. «Carlos Alberto no supo, dice Pingaud, ni alcanzar nuevas ventajas, ni impedir obtenerlas á su adversario». Agravó esta falta con la no menor de entregarse durante un mes á inacción completa. Del catorce de Junio al trece de Julio se estuvo sin hacer nada, vacilando entre atenerse á la defensiva fortificándose en el Mincio, ó tomar la ofensiva atacando la línea de Adige, para adoptar á la postre un término medio, poniendo sitio el trece de Julio á Mantua. Esta larga inmovilidad puso de manifiesto los elementos de debilidad que condenaban á irremediable ruina á la causa italiana, provenientes principalmente del carácter del Rey y de la composición de su ejército. Al decir de uno de sus admiradores, Carlos Alberto era tan indeciso en el consejo como bravo en el combate. Sólo veía el lado malo de las combinaciones que se le proponían, y aún en el caso que llegase á aceptarlas, las ejecutaba sin vigor. Su lentitud en decidirse le impedía aprovechar las ocasiones propicias; su timidez en obrar no le dejaba trocar en victorias las ventajas que alcanzaba. Su ejército constaba de dos elementos: soldados piemonteses y voluntarios. Los soldados eran bravos, dóciles, duros á la fatiga, así como los oficiales valerosos y enérgicos, mas los generales, debilitados ya por la edad y sin conocimientos estratégicos, carecían de actividad y de resolución. Los voluntarios, en número apenas de veinte mil, cuando hubiesen sido menester cien mil para decidir de la suerte de la guerra, si poseían entusiasmo y arrojo, cualidades preciosas en una insurrección, carecían de la experiencia militar y de la fuerza de resistencia necesarias en una larga campaña.

Tales fueron las causas del desastre. Radetzki, cuyas fuerzas se habían elevado con los auxilios recibidos á ciento veinte mil hombres, aprovechando el estado de diseminación en que se hallaban los piemonteses, espaciados desde Mantua á Rivoli, llamó su atención por la derecha con un movimiento hacia Ferrara, les forzó por la izquierda á evacuar la meseta de Rivoli, y hecho esto, con el grueso de sus fuerzas se puso en marcha para envolver el centro y llegar, antes que ellos, al Mincio, como en efecto llegó el veintitrés de Julio, bien que hubo de pararse el veinticuatro á rechazar el ataque de Carlos Alberto, que corrió á escape desde Mantua á cortarle la retirada. La batalla se empeñó alrededor de Custoza y de Somma-Campagna, y duró dos días, terminándose con la completa derrota de Carlos Alberto, que hubo de retirarse á toda prisa, abandonar sin combate las líneas del Oglio y del Adda y ganar á Milán, á la cabeza de veinticinco mil soldados indisciplinados. La esperanza que en un principio acariciara de defender esta ciudad no tardó en perderla, y en la noche del cuatro de Agosto firmó una capitulación que le permitía evacuarla pacíficamente. Divulgada durante la noche la noticia del convenio, la muchedumbre se presentó al día siguiente por la mañana delante del palacio

que ocupaba Carlos Alberto, gritando ¡traición! y disparando fusiles contra sus ventanas. El Rey, no pudiendo contenerse al oír el reproche de traidor, salió al balcón y manifestó que, supuesto que los milaneses se hallaban dispuestos á defenderse hasta la muerte, él estaba pronto á morir con ellos. «Entonces, rasgad la capitulación», se le gritó. Carlos Alberto toma el papel, lo despliega, lo enseña al pueblo y lo rasga, arrojando los pedazos al viento. El acto fué sincero, pero irreflexivo. En la noche del cinco al seis de Agosto hubo de salir de la ciudad en dirección al Tesino, límite de sus Estados, y juzgando que la guerra ya no tenía objeto, el nueve de Agosto hizo firmar á su ayuda de campo, Salasco, un armisticio bastante favorable, reducido á dos condiciones: evacuar las plazas que sus tropas ocupaban en Lombardía y restablecimiento del *statu quo ante bellum*. Así acabó, con una decepción tan grande como las esperanzas que al principio hiciera concebir, la primera guerra de la independencia italiana. El Lombardo-Veneto volvió al yugo de Austria; el antiguo régimen fué por doquier restablecido. Mas no todo murió. Las pasiones políticas seguían vivas, é iban á prolongar por ocho años más la conmoción italiana.

El armisticio de nueve de Agosto señala, en la historia de las revoluciones italianas, el instante en que la dirección del movimiento nacional pasa de manos del partido moderado á las del avanzado. Monárquicos y federalistas, los moderados fracasados aspiraban á expulsar al Austria y formar la unión italiana bajo la égida del Rey del Piamonte y del Papa; los republicanos unitarios, que durante los anteriores sucesos habían permanecido en la sombra, entran ahora en escena proclamando que no se debe marchar contra Austria sino después de haber derribado á los príncipes, derruido las fronteras y unido á todos los Estados italianos en una república unitaria. Esta evolución, que se cumplió á fines del año mil ochocientos cuarenta y ocho, la previeron y anunciaron todos los contemporáneos. «El que se entregase aún á las ilusiones dinásticas, exclamaba Mazzini, no tendría inteligencia, ni corazón, ni verdadero amor á Italia, ni esperanza alguna en el porvenir». «El partido liberal, escribía á su gobierno el ministro de Inglaterra en Nápoles, lord Napier, que comprende la mayor parte de las personas honradas y letradas de las clases alta y media, parece no tener todo el apoyo, toda la esperanza que le sostenía ayer, para tomar parte en la dirección de los negocios públicos». D'Azeglio resumía, en fin, los cambios que iban á efectuarse en Italia, en la frase: «La guerra de los príncipes acaba y empieza la de los pueblos».

Esta evolución se manifestó al divulgarse la noticia de la batalla de Custoza, en las explosiones de patriotismo que provocó en todas partes y que los agitadores mazzinistas trataron de extraviar, sin resultano en Venecia y Turín, con éxito en Venecia y en Roma. Venecia, al verse abandonada de Carlos Alberto, restableció el trece de Agosto la república, bajo el poder dictatorial de Manin, pidió socorro á Francia y se preparó á defen-

derse del ejército austriaco. En Turín, presa el parlamento de las mismas pasiones que la población, no pudo resignarse con la paz, y derribó sucesivamente los gabinetes Casati y Revel, por no parecerle bastante belicosos. En Toscana, una revolución y varias manifestaciones obligaron á Leopoldo II á entregar el poder á los dos jefes del partido radical, Guerrazzi y Montanelli, que pedían la reunión de una Constituyente. En Roma, Mamiani dimitió el dos de Agosto: unos días después, el general austriaco Welden pasó la frontera pontificia y atacó á Bolonia, cuyos habitantes se defendieron con bizzarria, y como el Papa, en vez de responder á esta provocación declarando la guerra se limitase á protestar contra la violación de su territorio, exacerbóse el público disgusto y fué necesario, para calmarlo, llamar al poder al político que parecía más apropósito para reconciliar á Pío IX con sus súbditos, el conde Rossi, antiguo embajador de Francia en la Santa Sede, hábil gobernante y liberal á toda prueba. En Nápoles, Fernando II se aprovechó de la derrota del Piamonte para prorrogar dos veces el parlamento y volver al gobierno personal, y luego, envió contra Sicilia, que continuaba independiente y había elegido por rey al duque de Génova, hijo segundo de Carlos Alberto, un ejército al mando de Filangieri, que desembarcó delante de Mesina, bombardeó la plaza y la tomó por asalto el ocho de Septiembre. El gobierno francés intervino é impuso un armisticio entre el soberano y sus súbditos.

Este movimiento democrático, que los príncipes creían poder detener mediante concesiones, desencadenóse en Roma con motivo del asesinato de Rossi, ministro de gran valía, celoso administrador al par que político prudente. En el orden administrativo, corrigió los principales abusos, restauró la hacienda y obtuvo del clero un préstamo de cuatro millones de escudos; en el político, negoció con Turín, Florencia y Nápoles las bases para una confederación entre los Estados italianos, esperando mostrar con ello que no se necesitaba de la república para establecer un régimen liberal en los Estados Pontificios, ni de la unidad para hacer á Italia independiente. Juntaba á estas grandes cualidades extraña rudeza doctrinaria y modales altaneros, que fué por lo que disgustó á los moderados y se captó la animadversión de los impacientes, que no repararon en apelar al crimen para deshacerse de gobernante tan cabal. El quince de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, se fué sin escolta, á pesar de las cartas amenazadoras y de los avisos que recibiera, al palacio del Capitolio, donde la Cámara iba á abrir sus sesiones, y al pasar el umbral, un desconocido le clavó un puñal en el pecho. Lo más triste del caso fué que, de la guardia civil situada delante del edificio, nadie se lanzó sobre los asesinos; de los diputados, reunidos ya en sesión, ninguno tomó la palabra para protestar, ninguno pidió que se levantase ni siquiera que se suspendiese la sesión. Tumultuosa manifestación recorrió al día siguiente las calles de Roma y sitió al Papa en el Quirinal, pidiéndole un ministerio democrático, la convocatoria de una Constituyente y la guerra contra Austria.